

GUIA

FM/1514

CONTRA LOS LADRONES



ADVERTENCIAS

PARA NO SER ROBADOS

POR

Dupl.

JUAN PARLANTE

Precio: 25 céntimos

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1902

Ayuntamiento de Madrid

39811

GUIA

CONTRA LOS LADRONES

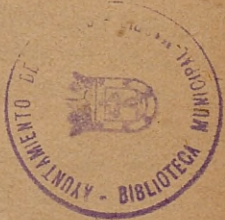


ADVERTENCIAS

PARA NO SER ROBADOS

POR

JUAN PARLANTE



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11

Teléfono número 551

1902

Ayuntamiento de Madrid

Es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca
la ley.

AL PÚBLICO

Juan Parlante, conocedor de los pícaros que anidan en Madrid, y sabedor de sus maulas, trata con este modestísimo folleto, de evitar en lo posible que los forasteros sean víctimas de las malas artes de los ladrones.

Dejando, pues, aparte vocabulario de *negro catedrático*, huirá en estas cortas páginas de cuantos términos policiacos pueda é igualmente dejará para ocasión más solemne (por ejemplo, la de publicar un libro sobre la policía española), las censuras á que ésta suele hacerse merecedora con harta frecuencia por faltas y abusos en que, justo es consignarlo, entra por mucho su mala organización.

Juan Parlante desea con sus ligeras observaciones hacer desconfiado al viajero, tanto que llegue á desconfiar de su propia sombra.

El bello ideal de este pobre madrileño, es que el forastero regrese á su casa sin ha

ber sido víctima de los *caballeros de industria*.

Por tanto, si este folleto tiene aceptación, el autor apuntará en su libro de memorias, y como tanto á su favor, la mayoría de los timos frustrados, suponiendo quizás con inmodestia que la persona elegida como víctima se libró del sacrificio por llevar en el bolsillo á

JUAN PARLANTE



NOTA. Pido perdón á los activos y conocidos noticieros de varios periódicos de Madrid, mis amigos Escolar, Faraldo, Rosón, Sánchez Calvo y Roig Bataller, por la copia que hago en este folleto de alguno de sus trabajos referentes á la mala vida madrileña.

Mujeres timadoras

Gran precaución tenéis que guardar con las mujeres, pues en solo serlo, llevan un 90 por 100 de ventaja para engañaros.

Cuando por la noche tropeeis con alguna de esas Circes engañadoras, de simpático aspecto, mirada acariciadora é insinuante acento, huid de ella siempre que os proponga mostraros sus encantos por anticipado.

Hay en Madrid muchas mujeres dedicadas á explotar su belleza, no precisamente en el comercio con los hombres, sino aprovechándose de aquélla para timar á éstos.

Suelen ser las que á ello se dedican esbeltas y de formas exuberantes.

Atraen con la mirada, y llevan al hombre escogido para sus especulaciones á un callejón oscuro.

Allí le enumeran los múltiples encantos que tiene su cuerpo de hembra, haciendo resaltar como principal de todos ellos el robusto y bien modelado pecho.

Invitan al incauto á que toque las maravillas encerradas por el corsé, y el hombre accede, explorando con temblorosa mano todas aquellas hermosuras reveladas á medias al entreabrir la chaqueta que las encubre.

Entre tanto, la hermosa complaciente, busca en los bolsillos del incauto, saca cuanto en ello haya, reloj, cartera y hasta las *perras* pasan á sus bolsillos, nada deja, y cuando ha dado fin á su *trabajo*, busca un pretexto cualquiera para desasirse del pobre á quien ha desbalijado.

Hay otro medio para robar á los que de mujeres se confían,

Consiste en atraer al individuo á un cuarto, la mayoría de las veces con dos mujeres, y cuando allí se hallan, abren de pronto la puerta, y dando maullidos entra en la habitación un gato, que por un instante perturba la escena que en el cuarto se desarrolla.

El *morrongo* no es otro que una de las dos mujeres, y á veces un hombre que de acuerdo con aquéllas busca el dinero, reloj y cuanto de algún valor halla en los bolsillos del infeliz, que tranquilo y confiado, buscó en aquella casa á la diosa Venus sin sospechar hallárase tan próximo Caco disfrazado de gato.

En algunas casas donde viven mujeres alegres de categoría elevada, suele haber lo que se llama comedores; y allí se juega al monte, siete y media y otros de los prohibidos.

Los concurrentes á dichos sitios invitan á los que van por primera vez para que hagan las llamadas *vacas* y con alguna de las mujeres apunten y jueguen, casi siempre perdiendo.

Relojes y carteras

Todas cuantas advertencias haga á los forasteros que vengan á Madrid con motivo de los festejos de Mayo, me parecerán pocas para preservarles de las asechanzas y malas artes de los ladrones que por la villa y corte pululan.

Por muchas que sean las precauciones que los forasteros tomen, nunca serán bastantes si han de verse libres de los ataques que contra sus relojes y carteras habrán de dar los aficionados á vivir de lo ajeno

Como en todas las grandes capitales, es de importancia la cantidad de gente maleante que en Madrid vive, y aun á pesar de la vigilancia de los policías, ejercen su industria los ladrones por calles y plazas.

Todas las aglomeraciones de público son vasto campo para que ejerciten su industria los llamados *descuideros*.

Aprovechan el instante que un individuo queda parado, ya en uno de los corros que se forma para oír cantar flamenco, especialmente en las inmediaciones á la Plaza Mayor, ya en los escaparates de las calles céntricas, en las iglesias y delante de los edificios públicos.

Una vez que alguno de esos *descuideros* se fija en el individuo á quien trata de hacer víctima de sus malas artes, busca la ocasión de encontrarse con él de frente, y dándole un empujón ó pisándole fuertemente en un pie, aprovecha aquel momento para robarle el reloj ó sacarle la cartera.

Trabajan siempre en unión de otro compañero, y cuando han sacado la alhaja ó la cartera, se la da disimuladamente, de manera que, aun cuando el robado se aperciba de la sustracción y coja al autor de ella, no puede nunca aprehender el objeto cogido por el ladrón.

Los puntos de espera de los tranvías son también lugares preferidos por los ladrones, que aprovechando el momento en que un viajero va á subir, tratan de bajar ellos, y en el encontronazo que dan al individuo le sacan el reloj.

Las plataformas de los tranvías son también campo donde los ladrones trabajan con éxito; como suele ser grande la aglomeración de público y van las gentes allí apretadas, les es fácil merodear por los bolsillos de los chalecos y de las americanas, sacando cuanto en ellos encuentran.

No debe sospecharse sólamente de los que vayan mal trajeados, pues por regla general los *descuideros* suelen ir vestidos á lo artesano pero con buena ropa,

y los carteristas con sombrero de copa, levita y gabán al brazo.

Esto del gabán suele ser un recurso para los ladrones listos, pues al amparo de él y ocultando en dicha prenda las manos, acostumbran á robar con mayor facilidad.

Para evitar ser desbalijado por estos individuos, es lo mejor guardar la cartera con el dinero en un bolsillo abierto en la parte interior del chaleco, pues acostumbran á cortar la levita ó americana por encima del bolsillo interior y sacar por la abertura cuanto en aquel se encierra.

El reloj es conveniente llevarle sin cadena, con una goma debajo de la argolla y procurando colocarlo hacia abajo, pues de esa manera resulta más difícil sacar la alhaja.

Tomadores de perros.

Los viajeros aficionados á los perros, deben leer con detenimiento la pintoresca descripción que hace en las líneas que copio el observador *reporter* de esta ilustre villa Roig Bataller, según la cual los fieles animalitos son cómplices para que los *ratas* saquen el dinero á sus amos.

«Es una nueva industria que se iba desarrollando considerablemente en esta corte, donde hay tanta gente que arrastra una *vida perra*.

Para mejorar la suya, ciertos sujetos amigos de lo ajeno, y casi ya amigos de los perros, han discurrido y puesto en planta ese nuevo medio de ganársela, exacto de reveses, porque todavía no era conceptuado como delito que tuviera sanción penal.

Pero ¡ay! que las quejas de los vecinos han dado al traste con esa impunidad feliz de los noveles tomadores, y la autoridad gubernativa se ha decidido

á sentar la mano á los tomadores de canes para cortar el abuso y la explotación de que vienen siendo objetos los dueños de los citados animalitos.

Los nuevos industriales, dedicados á la caza de cuantos perros tenían aspecto aristocrático, retenían en su poder á los *tomados*, y cuando sus dueños los reclamaban, regularmente por medio de la prensa, que se cuidaban mucho de leer, allá iban ellos con su presa, perfectamente conservada, reclamando una gratificación por el hallazgo y además el importe de los alimentos del pupilo.

Y claro como éste tampoco podía al volver á la *casa paterna* contar todo lo que le habían hecho durante su cautiverio, los dueños tenían que creer cuanto á los secuestradores se les antojaba decir.

Pero ya el abuso está á punto de terminar, porque se ha dictado las órdenes oportunas para que se castigue el robo de canes, lo mismo que si se tratara de los «perros» del bolsillo.

Ya lo saben los que anden metidos en estas *especulaciones bursátiles*: el que dé pan á perro ajeno, pierde pan y pierde el perro.

Y además va á la cárcel.

El timo de la ostra

Juan Parlante, acude para contar este timo, al relato hecho en el popular periódico *El Imparcial*; por su activo *reporter* Sánchez Calvo.

He aquí cómo este noticiero nos avisa para que dudemos de las ostras que presentan en su interior perlas.

Un forastero llamado C. se encontraba tomando un bock de cerveza en un caté, cuando un caballero correctamente vestido entró en el establecimiento y se sentó en una mesa inmediata á la suya.

Ayuntamiento de Madrid



Como el industrial era hombre muy comunicativo, se apresuró á entablar conversación con el recién llegado, y bien pronto entre ambos se estableció la mayor intimidad.

El Sr. C. supo que su interlocutor era un joyero establecido en una de las principales calles.

Cuando estaban conversando tomó asiento cerca de ellos un parroquiano de avanzada edad, quien pidió una botella de vino blanco y una copa.

Acto continuo comenzó á sacar de un cucurucho de papel gran número de ostras, que se puso á comer tranquilamente.

De pronto el viejo lanzó una exclamación de sorpresa. De una de las ostras había saltado una perla de irreprochables matices.

—Lo menos vale doscientas pesetas—exclamó el joyero—pero como no las traigo me es imposible adquirirla.

—Yo tengo esa cantidad—dijo el viajero Sr. C.

—Ofrézcale usted cien pesetas á ver si la vende, y en ese caso hará un bonito negocio.

—No me parece mal—repuso C.—Precisamente pensaba hacer un regalo á mi mujer y si tengo esa perla se la llevaré á usted para que la monte en una sortija.

—Con mucho gusto.—Contestó el joyero.

El viejo accedió á lo propuesto por el comerciante y éste fué al siguiente día en busca del artífice para que engarzara la preciosa perla; pero por más pesquisas que practicó no pudo conocer el domicilio del supuesto joyero.

Entonces el forastero entró en una joyería y allí le manifestaron que la perla que presentaba valdria á lo sumo tres pesetas.

Claro está que lo mismo que las ostras pueden los

timadores emplear para el engaño las almejas y que en vez de llevarlas en un cucurucho de papel pueden pedir las en el café metiendo la falsa perla, en este último caso, dentro de la concha y á la vista del que ha de ser timado.

El timo del cinturón

Uno de los *inventados* hace poco (cuando la guerra de Cuba) y que ha sido descrito por el *Donado Habrador* pseudónimo que usa para sus amenos y curiosos trabajos sobre policía y ladrones un conocido periodista.

Véase como lo relata:

«Cuando llega á Madrid un viajero inocente y se niega á ir de *juerga*, sus *protectores* apelan al sistema de los consejos, diciéndole que en la corte hay muchos ladrones, y que conviene prevenirse contra sus artimañas.

El *pupílero* ó *cicerone* se expresa en la siguiente forma:

—Yo soy amigo de usted, y le aconsejo que el dinero que lleve encima lo guarde en un cinto y cosa el bolsillo del mismo, no quitándoselo de encima hasta llegar á su pueblo.

Es la única manera de estar seguro contra los robos y *timos*.

El pasajero se convence ante los *razonamientos* que expone su acompañante, y después de los ejemplos prácticos que éste le refiere.

Adquiere el cinto, sin sospechar que un *dependiente* de la casa de *huéspedes* compra seguidamente otro cinto idéntico á aquél.

Llegan á la casa, y el pasajero introduce una á una las monedas ó los billetes de Banco en el cinto y

luego se entretiene en coserlo para que no pueda salir ninguno de esos valores.

El pupilero, que sabe la moneda ó papel que posee el huésped, tiene ya preparado el cinto que adquirió su dependiente, con la diferencia que en vez de oro ni billetes lo ha rellenado con *perras* ó papel simple.

En el momento se coloca el viajero á la cintura el caudal que por su propia mano ha encerrado; el *pupilero*, para ahorrarle trabajo, pónese á espaldas de aquél, se apodera del cinto, y con la rapidez propia del caso lo oculta, efectúa el cambio y aprisiona con el cinto *falso* el tallo de su víctima.

Al llegar al término de su viaje, cuando cree llevar guardados y seguros los ahorros hechos después de varios años de trabajos y privaciones, se encuentra que sólo conduce miserables reales ó pedazos de inútiles papeles.

El delito queda impune y los pupileros continúan viajando de Cádiz á Madrid, ó de Santander á Madrid, cometiendo nuevos robos y causando la ruina de honrados hijos del trabajo y de defensores de la patria que regresan de Cuba.

Si el hecho, por causalidad, se hace público, el dueño de la casa de huéspedes declara que no conocía ni al pasajero ni al *cicerone* y que había supuesto que éste trataba con grandísima confianza á aquél por la amistad que existía entre ellos.»

El timo de los puros

Este timo no es muy común, pero conviene consignarlo para llamar la atención de los buenos fumadores que pueden caer en el lazo.

Un sujeto preséntase en casinos, casas de huéspedes ó cafés llevando cajas de habanos de las mejores

marcas, que ofrece muy baratas por ser tabaco de contrabando.

Como prueba, regala unos cuantos puros que saca de una caja igual á las otras, y los fumadores después de encender el aromático cigarro dan fe de su bondad, no quedándoles duda alguna de que aquellos *chicotes* son habanos.

Seducidos por prueba tan concluyente y por la baratura del género, compran cajas al *industrial*.

Cuando éstas son abiertas, se encuentra el comprador conquie los puros admirablemente confeccionados y que parecen auténticos á simple vista, están hechos de papel color de tabaco y rellenos de hierbas más ó menos aromáticas.

El timo del enterramiento

Este lo realizan generalmente mujeres que explotan el sentimiento y la caridad.

Dos ó tres *socias*, vestidas decentemente, se presentan en las casas diciendo que son modistas corseteras ó de cualquier otro oficio, y que van á pedir una cantidad por pequeña que sea para enterrar á una infeliz compañera cuya familia está en la mayor miseria.

Los incautos que oyen tan triste historia entregan su dinero, y como no hay tal cadáver, la *fúnebre* y desahogada comitiva femenina hace una buena colecta, aunque en sus innumerables visitas reciba solo monedas de cobre, pues el *timo* lo extiende á distintos sitios de la corte.

Los pobres

Las enérgicas y acertadas disposiciones del alcalde Sr. Aguilera han dado su fruto, y ahora no hay

tantos mendigos como en otros tiempos había en Madrid.

Pero á pesar de ello, existen todavía algunos que se escapan de toda vigilancia y sobre los que conviene llamar la atención de mis lectores con el fin de que puedan salvarse de sus garras negándoles todo auxilio sin que por ello les remuerda la conciencia.

Posible es que andando por las calles de Madrid, tropiecen ustedes con un individuo, el cual, con dolorido acento y lágrimas en los ojos les cuente que tiene en su casa agonizando una niña y carece de luz para alumbrar la habitación.

Tres meses seguidos lo sufrió *Juan Parlante*, sin que en aquellos noventa días acabase de fallecer la niña ni se hiciese la luz en el cuarto donde agonizaba.

El sujeto en cuestión es soltero, y vive admirablemente comiéndose lo que para velas le dan las gentes compasivas.

Hay otros sujetos que van más lejos en los pretextos para mover á lástima.

Aseguran que se les ha muerto su mujer, su madre ó un niño, y que en una pobre habitación está el cadáver tendido en el suelo y á oscuras por carecer de dinero para colocarle decorosamente.

Rompe á llorar cuando su petición formula, y tal acento de verdad sabe dar á sus palabras que suele conmover á los que le escuchan.

Tampoco es cierto lo que dice, y debéis negaros á seguirle ni á darle dinero.

Este timo ha llegado á perfeccionarlo el cinismo de ciertas gentes que juegan con la muerte sin respeto ninguno.

Si consiguen que el timado suba á la casa que ellos dicen, se encontrará conque en el suelo y entre

velas hay algo tapado que descubierta parece un cadáver, no siendo otra cosa que un muñeco de cera.

Huye, pues, lector de tales embusteros. Ya comprenderás que la caridad y la beneficencia nunca deja que llegue á tales extremos ningún semejante.

Todos los niños que imploran la caridad dicen que son huérfanos, todas las mujeres viudas, y todos los hombres afirman que no tienen trabajo, y como consecuencia de tales desdichas aseguran que no tienen que comer.

Esta es una soberbia mentira. Inventan tales patrañas para no trabajar ó para no ingresar en los asilos.

Desconfía de los mendigos, carolector, aunque sean cojos ó mancos, y ten en cuenta que muchas veces se pintan asquerosas llagas para mover á compasión al transeunte

Tampoco estará de más que si movido á caridad ayudas á pasar á un ciego de una acera á otra tengas cuidado con él. Podrá suceder que en el corto trayecto te quedaras sin reloj ó sin cartera.

Policía ful

Hay individuos que, fingiéndose agentes de la autoridad, se dedican á dar timos.

Dos de éstos son los más corrientes.

Del primero suelen ser víctimas los extranjeros que vienen á Madrid.

Uno de esos falsos agentes detiene al extranjero, mostrándole previamente un distintivo de su autoridad, y á pretexto de que está reclamado por las autoridades de su país, le dice va á conducirle al Gobierno civil.

Quéjase el detenido, protestando de su honradez, y entonces finge ablandarse el falso agente, y previa

entrega de una cantidad accede á que el extranjero quede en libertad.

El otro timo es más complicado, y suele darse en las rondas ó paseos poco concurridos por la noche.

Al individuo esc gido como víctima se le acerca un joven, y con cualquier pretexto entabla con él conversación.

De repente aparecen otros dos individuos, que, fingiéndose agentes de la autoridad, increpan al individuo por hablar é ir en compañía del que se le acercó momentos antes.

Los falsos policías descubren entonces al incauto que el mocito que le acompaña es un hombre afeminado, y sostienen que al ir acompañado era para ejecutar actos inmorales.

Protesta la víctima de los timadores, pero éstos afirmanse más y más en sus anteriores manifestaciones, y tratan de conducir á los dos hombres al Gobierno civil.

Cuando llevan andado un buen trecho se le ocurre al afeminado la idea de gratificar á los agentes para quedar en libertad.

El timado apoya la proposición con objeto de evitar la vergüenza de verse tildado con un nombre repugnante.

Al principio rechazan la oferta los del *ful*, pero por fin acceden, y el incauto que les da el dinero queda persuadido de haberse evitado un gran disgusto, sin sospechar que ha sido víctima de un timo.

Las gitanas

Claro es que hay gitanas y gitanos honrados, y que contra ellos nada va en estas observaciones.

La mayoría suelen andar en malos pasos, y acu-

den á mil patrañas y líos para apoderarse de lo ajeno. Los procedimientos que emplean son variadísimos.

Léase á continuación un modelo de *timo* dado por gitanas, donde se ve la sagacidad y listeza de tales mujeres.

Doña R. R., joven cubana, paseaba por la calle de Alcalá, cuando se acercó una gitana conocida por la *Chinina* y la propuso decirla la buena ventura.

La señora, que ignoraba qué fuera esto, siguió por curiosidad á la gitana hasta una calle próxima á la de Atocha, donde, previas 12 pesetas, la predijo su suerte, llevándose la adivinadora, como recuerdo de aquella operación, el portamonedas de doña R. R.

Separáronse, pero al poco rato se encontraron de nuevo, y de nuevo comenzó la bonita explicación del *malagro*, que iba dirigido contra tres sortijas que llevaba puestas la señora.

La gitana decía á su víctima: «Si me dais esa sortija, entre otras bienandanzas *sacaréis* premio de la lotería, y si me dais aquella otra se redondeará vuestra suerte, que será inmensa».

La señora, en vista de esto, entregó dos sortijas de oro, una de ellas con turquesas, dando la gitana su *palabra de honor* de que se las devolvería al día siguiente en la estatua de Espartero.

La gitana no acudió á la cita, y doña R. sospechó de ella.

Pasaron unos días, y estando al balcón de su casa, situada cerca de la calle de Sevilla, la mencionada señora vió pasar á la gitana, á la cual llamó.

Subió ésta, y después de dar sus excusas por no haber ido á la cita, quedaron convenidas en que al día siguiente volverían para echarla las cartas.

No habían pasado veinticuatro horas cuando,

acompañada de otra *individua* de su misma raza, á la que presentó como su *maestra*, llegó la *Chinina* á la casa en cuestión.

Con las cartas en la mano hicieron *maestra* y *discipula* muchas operaciones, entre las cuales mencionaremos la llevada á efecto con tres billetes del Banco de España de cien pesetas cada uno.

Pidieron las *sibilas* cincuenta duros; pero la señora no tenía esta cantidad redonda, y entregó sesenta, lo cual no desbarató los augurios.

Puestos los billetes sobre la mesa, los cogieron y los enrollaron, y, arrojándolos al suelo, obligaron á la señora á que los pisara.

Aquí debió estar la mayor cantidad de milagro de aquel acto.

Preparada una copa, echaron dentro los papeles, sazónándolos con la yema de un huevo y un poco de sal de la mucha que debía tener la *Chinina*.

Esta metió la copa en un aparador, ordenando á la señora y dos criadas que había en la casa que se metieran en sus habitaciones y rezaran un Credo.

Mientras las mencionadas personas se dedicaban al rezo, huyeron veloces las gitanas.

Una de las sirvientes concluyó la oración, y no viendo la cosa clara, á pesar de que la del huevo había quedado encima de la mesa, se dirigió al aparador, y después de romper la cerradura, sacó la copa misteriosa, y se encontró, en vez de los billetes, con tres papelitos.

Esta misma criada vió días después á la *Chinina* en la calle de Zorrilla en compañía de una tercera gitana, y las mandó prender.

Conducidas al Juzgado de guardia, se vino en conocimiento de que se llamaban Antonia Gómez Cor-

tés (la *Chinina*), de veintiocho años de edad, y Gregoria Cortés Sánchez.

De la maestra no se supo nada. Quizás esté dando lecciones de esta nueva industria, que pudiera llamarse de la *yema de huevo*.

Ojo, pues, con la buena ventura, las cartas y los augurios, que suelen dar muchos disgustos.

Telas baratas

Cargado de telas, que ofrece á precios muy baratos, por tratarse de géneros de contrabando según él, se presenta en las casas un sujeto.

El incauto cree hacer una ganga, y compra y paga aquellas telas que efectivamente son muy superiores en relación con el precio.

El vendedor le da el cambiazo, y cuando ha desaparecido éste y se examina la adquisición, la víctima encuéntrase con que en vez de hilo le han dado percalina.

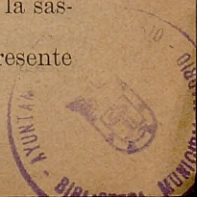
El timo del traje.—El de las botas

Estos dos timos se hacen por el mismo procedimiento, el cual puede extenderse al paraguas, bastón, etc.

Un sujeto llama en un piso y dice á la persona que abre la puerta, que su principal le envía para que le den las botas nuevas, el traje ó el gabán, pertenecientes á una de las personas que habitan en la casa.

Este timo se realiza casi siempre á los pocos momentos de haberse recibido la ropa nueva de la sastería ó las botas de la zapatería.

También puede ocurrir que el timador se presente



como criado que va á pedir de parte de don Fulano de Tal, (el inquilino ó huésped) el paraguas ó bastón.

Las barras de oro

Los *timadores* que usan este procedimiento, presentan para hacer el negocio unas barritas de metal amarillo que ofrecen por poco dinero diciendo que son de oro de ley, añadiendo que las venden tan baratas porque proceden de un negocio no muy limpio.

El ambicioso comprador, que en este como en los demás *timos*, lleva la intención de engañar al timador, las compra, encontrándose después con que son falsas.

Algunas veces las barritas las enseñan metidas en una cajita que dejan después de cerrarla al timado, pidiendo á cambio del depósito una cantidad prestada.

Los pañuelos

Ten, lector amigo, mucha precaución contra algunos géneros baratos.

En medio del arroyo verás á un hombre gritar su mercancía, consistente en pañuelos de bolsillo. Por cuatro ó seis reales te ofrecerá una docena.

Alrededor del callejero industrial habrá mujeres que con exclamaciones de admiración ensalzarán la bondad de lo que se vende con el propósito de que los incautos penetren en la red.

Ya comprenderás que por tan poco dinero es imposible que te den tantos pañuelos. Además no te conviene estar allí parado mucho tiempo, pues entre el corro que con sus gritos forma el voceador no faltará algún *rata* que se apodere de algo que te pertenezca.

Las recomendaciones

Desconfía de la persona á quien no conozcas que se te presente con una carta ó tarjeta de recomendación de un pariente ó amigo.

Si sospechas que la firma no es auténtica, no des lugar á que emplee contigo alguna confianza el portador del papel ó de la cartulina, y aun siendo verdadera, debes proceder con cautela, pues fácilmente se obtiene una carta de protección.

El dador de ella acabará por pedirte prestada alguna cantidad, poniendo como pretexto la urgencia del momento, y para inspirar mayor confianza, te dejara en depósito cualquier cosa que no valdrá nunca el dinero que le des.

También podría ocurrir que te embaucara dándote como seguridad una letra aceptada que luego resulte falsa.

En este caso, tu candidez podría, no sólo costarte el dinero, sino hacer que cayeras en un proceso.

Los empleos

Probablemente, querido lector, tropezarás por esos cafés y otros sitios de reunión, con sujetos muy listos; se harán amigos tuyos, te propondrán colocaciones para tí ó para tus parientes ó amigos.

Te dirán que tratan al Presidente del Consejo, á las autoridades y á políticos de nota, y para demostrarte su influencia cerca de ellos, te enseñarán cartas y B. L. M. subscritos por personajes.

No hagas caso de tales embaucadores. Los papeles que te presenten son contestaciones de personas á quienes escribieron con el propósito de conseguir su firma que les sirve para este *timo*.

Ten en cuenta, que hoy, todo el que está bien educado, y más si tiene secretario, contesta á cuantas cartas recibe.

En las iglesias

Aunque no movidos por el arrepentimiento, suelen visitarlas los tomadores.

Aprovechándose del ensimismamiento religioso de las fieles, suelen cortarlas los bolsillos de la falda, llevándose cuanto hay dentro.

No es ya corriente el timo de la devota, pero pudieran usarle y bueno será prevenir á los lectores por si acaso.

Solia colocarse al lado de la señora elegida como víctima, una mujer con aspecto devoto, la cual, arrodillada murmuraba una oración, teniendo cruzadas las manos entre el mantón y no viéndose de aquellas más que la parte superior.

Imposible desconfiar de tanto recogimiento, y sin embargo, aquellas manos que se veían eran de cera, y las naturales merodeaban diestramente por el bolsillo, apoderándose de cuanto hallaban en él.

Junto á las pilillas del agua bendita y en los pórticos de los templos es donde los tomadores hacen de las suyas con los fieles que entran y salen.

Casas de juego

Están activamente perseguidas por la policía, pero así y todo existen algunas, establecidas en casas particulares y tabernas.

Debe huirse de ellas como del propio infierno, pues tienen allí asiento todas las fullerías imaginables y algunas más.

Desconfiad cuando se os acerque algún *gancho* de

tales chirлатas, ofreciendo ganar dinero á poca costa en casa de un amigo donde se reunen algunos á tirar de la oreja á Jorge.

Hay de estos *ganchos* que llegan á ofrecer segura ganancia, pues fingiéndose enemistados con el dueño de la casa, prometen al incauto hacerle señas para que pueda acertar todas las cartas.

En tales casas, no sólo se juega al monte, sino también al tute, la brisca, ó la siete y media, y el complaciente *gancho*, colócase detrás del jugador contrario al que él llevó á la casa, y haciéndole señas convenidas de antemano le dice las cartas que el primero tiene.

Pasadas dos ó tres jugadas así, y cuando las puestas son mayores, el falso fullero hace señas contrarias al incauto, juega éste y pierde cuanto ganó y todo lo que en el bolsillo llevaba, saliendo á la calle mohino, sin dinero y no pudiendo protestar, pues sus intenciones eran ganar con fullerías.

Casas de huéspedes

Debe tenerse cuidado con la elección de casa para hospedarse.

Desconfiar mucho de los que á la puerta de las estaciones ofrecen alojamientos, como no pertenezcan á casas de reconocido crédito.

Las alhajas y el dinero que no sea absolutamente preciso no debe conservarlos en su poder el viajero, sino depositarlos en el dueño de la casa, siempre que ésta sea de las acreditadas.

Cerrar bien la puerta por la noche para evitar la visita de algún aficionado á lo ajeno.

Acoger con desconfianza la presencia de cualquier compañero de cuarto no siendo conocido, y por último tener cuidado con lo que se llama el *sueño do-*

rado, pues suele acontecer, que soñando con las delicias del amor, resulta el afortunado víctima de las mañas de Caco.

Conviene que cuando el viajero regrese á su pueblo, ordene saquen el equipaje al mismo tiempo de salir él, no confiando en que desde la casa se le lleven á la estación, y revisar previamente maletas y baules.

Se han dado casos de salir el equipaje de la casa, facturarle en la estación, tener el peso debido y al llegar al punto de su destino encontrarse el viajero con que sus ropas y alhajas habían desaparecido, conteniendo en cambio el baul piedras envueltas en trapo, para que no produjeran ruidos.

Contra las señoras

Los dijes, cadenas, pulseras, y hasta los envoltorios con telas compradas que las señoras suelen llevar consigo, son cebo tentador para los tomadores.

Apodéranse de ellos dando un fuerte tirón, y aprovechando la sorpresa y el susto de la robada huyen con el producto de su hazaña.

No hace mucho, emplearon unos pilletes un procedimiento nuevo para llevarse las compras que una señora había realizado.

Iban algunos muchachos de diez á quince años jugando y retozando con una alambra de las que cubren los braceres.

A nadie extrañaba el juego de los mocetes, cuando de repente uno de ellos se acercó á una señora y colocándole rápidamente la alambra en la cabeza, la produjo el consiguiente susto.

Trató de quitarse aquello, y al hacerlo descuidó los envoltorios que llevaba, lo cual fué hábilmente aprovechado por los rateros, que apoderándose de

aquellos huyeron del lugar del suceso con suma rapidez, produciendo el natural estupor en cuantos presenciaron aquella escena, realizada en un instante.

Atracos

Se realizan por las rondas y calles solitarias situadas á los extremos de la población.

Hay dos procedimientos dignos de mención.

Consiste uno, en acechar el paso de algún sujeto por sitio solitario, y cuando va más distraído se arroja sobre él un individuo, sujetándole fuertemente por la espalda, en tanto, otro le amenaza con un puñal ó navaja, evitando que chille mientras le desbalija.

El otro procedimiento, consiste en atraer á la víctima al sitio del sacrificio, por medio de una cita, casi siempre amorosa, empleando en la realización del delito iguales medios que en el anterior.

Ojo, pues, con las mujeres complacientes que os citen extramuros de la población.

El hallazgo

Consiste en dejar caer al suelo un papel con una sortija ó cadena delante del *primo* á quien tratan de timar.

Inmediatamente que cae el objeto se aproxima otro individuo, el cual brinda al incauto con repar-tirse el hallazgo.

Accede el inocente, y á vuelta de mucha palabrería le pide una cantidad á cambio de la sortija ó cadena encontrada, dejándole en cambio la alhaja.

Se hace el negocio, y después ve el crédulo que le han estafado, pues la *alhaja* no vale la quinta parte de lo que le costó.

Billetes de Banco-anuncios

Debes tener especial cuidado cuando, te precise cambiar moneda, hacerlo en sitio que ofrezca garantía ó mediando persona que conozcas.

En caso de necesidad absoluta, podría ocurrir que alguien se te ofreciera facilitarte el cambio y te largara billetes-anuncios, que aunque están prohibidos por la autoridad, los usan para robar algunos pilletes.

Tarjetas y pases

Ten gran cuidado con las tarjetas, pases y volantes para disfrutar de fiestas y entrar en edificios públicos y Museos.

Algún *industrial*, explotando tu buena fe, te proporcionará aquéllos cobrando una cantidad.

No hagas caso del que te proponga tal cosa, pues la entrada en dichos sitios ó es gratis ó en caso de tener que pagar, habrás de adquirir el derecho en los despachos ó taquillas destinadas de antemano.

Quizás te sonrías al leer estas advertencias por creerlas inocentes.

No lo hagas, porque pudiera ocurrir que, olvidándote de mis consejos dieras tu dinero á algún truhán.

Y para remachar más el clavo, te diré, aunque me llames pesado, que cuando se celebró en Madrid el Centenario de Calderón, hubo alguien que hizo su agosto por este procedimiento.

¿Sabes cómo? Vendiendo á peseta tarjetas para circular libremente por la acera derecha de la calle de Alcalá.

Muchos incautos cayeron en el garlito y dieron sus cuatro reales para disfrutar de un derecho que tiene todo el mundo.

El entierro

Son innumerables las variantes que tiene este sistema de timar, pero la más apropiada para los forasteros es la siguiente:

Se acerca al destinado para el timo un individuo vestido con traje de pueblo.

Entablan conversación acerca de las fiestas, del tiempo ó cualquier pretexto por el estilo, haciendo recaer el objeto de aquélla en la mala gente que por Madrid pulula.

Se franquea entonces el fingido forastero, y declara á su improvisado amigo que para evitar que le roben ha hecho él una cosa muy ingeniosa

Consiste en haber enterrado un dinero en determinado sitio, muy solitario y á propósito para este objeto.

Invita al timado le acompañe á recoger una cantidad que necesita, va el infeliz con él tentado por la curiosidad, y cuando llegan al sitio determinado escarba el timador en la arena del suelo, descubriéndose á poco un envoltorio en el que hay varios duros y billetes cuidadosamente doblados.

Saca lo que finge necesitar para el día, y cuando va á encerrar de nuevo el dinero, invita á su acompañante haga lo propio para burlar á los ladrones.

Cae el inocente en la tentación, entrega sus cuartos, y apenas se ha separado veinte metros del sitio del escondite, otro timador, compañero del anterior, saca lo que dejó el incauto.

Poco después, el fingido forastero pretexto un quehacer urgente y abandona á su víctima, que queda muy satisfecho suponiéndose libre de las artes de los ladrones, y así será en efecto si no le queda más dinero que aquel que dejó enterrado.

El sobre

Es una variante del timo del *hallazgo* ya descrito, pero que constituye verdadero peligro por la habilidad que en él suelen desplegar los timadores.

El inteligente *reporter* de sucesos D. Eduardo Roson, describió hace algún tiempo este timo del siguiente modo:

«En la plaza del Rey un individuo arrojó ayer un título de la Deuda delante de una señora, y haciéndose el distraído continuó su camino, sin dar al parecer importancia á lo ocurrido.

La señora se apresuró á llamar la atención de dicho individuo acerca del documento que suponía se le había caído inadvertidamente.

El sujeto en cuestión dió las gracias á la señora por su atención y pronto entabló con ella un animado diálogo.

La dijo que acababa de llegar de Chile, en donde un tío suyo, hijo de Madrid, había fallecido hacía dos meses dejando una manda de diez mil duros para repartirla entre los pobres de esta capital.

Necesitaba una persona que le indicara á quién podía entregar dicha cantidad y que fuera por todos conceptos digna de su confianza.

No tardó en acercarse un individuo decentemente vestido, que preguntando por la calle de Gravina, entabló conversación con el referido sujeto y con la señora que á su lado iba.

Al enterarse de la conversación que éstos seguían, se ofreció inmediatamente á dar todo género de garantías para entregar los diez mil duros á determinados individuos muy conocidos en Madrid.

La señora se puso de acuerdo con el presentado

por el sobrino del tío de Chile, y de común acuerdo, quedaron en dar á éste todo género de seguridades respecto á la cantidad que trataban de repartir entre los pobres.

La señora salió en busca de la garantía que la exigían—dos mil pesetas—y á las cuatro de la tarde, en el café de Cervantes, la referida señora, llamada doña L. U., entregó en efecto dos mil pesetas en billetes del Banco de España, recibiendo un sobre cerrado y sujeto con una goma, que contenía, según la dijeron, diez mil...; varios periódicos y anuncios de comercio.

La señora, que iba acompañada de una hija suya, la cual le recomendó que cuidara no la dieran algún timo, al ver el contenido del sobre, cayó desmayada sobre una mesa del referido café.

El accidente

Consiste en llamar la atención enmedio de la calle con un accidente que sufre un *infeliz*.

Las personas compasivas acuden en auxilio del paciente; y otras, por curiosidad, forman corro al redor del accidentado.

Esta aglomeración de gente es aprovechada maravillosamente por los rateros, que no dejan reloj ni cadena de compasivo ó de curioso.

Objetos robados

Misteriosamente se acercan á los forasteros unos sujetos de aspecto sospechoso, y en voz baja le proponen la compra de una sortija ó reloj de oro procedente de un robo.

Por esta circunstancia pueden venderlo muy barato; cae en la red el avaricioso, que supone hacer

un buen negocio, y lo que sucede es que lleva una halaja que nada vale.

Otras veces las alhajas que enseñan los timadores son buenas en efecto, y hacen el trato después de examinarla bien el comprador; pero aprovechando el menor descuido de éste, cambian la alhaja buena por una falsa de igual aspecto, y el resultado es el mismo que en el caso anterior.

En los teatros

Ten cuidado en los teatros. Especialmente las señoras corren gran peligro, pues aprovechando los ratos el instante en que aquéllas se ponen el abrigo, echando hacia atrás los brazos, pueden robarlas con facilidad dijes, cadenas y relojes.

Los gabanes no deben dejarse sobre el respaldo de la butaca cuando en los entreactos salga su dueño á fumar, sino llevarsele al brazo, pues acontece con bastante frecuencia que, observando los ladrones el abandono en que la prenda queda, van á la butaca y se apoderan del gabán, llevandoselo con la mayor frescura.

En el pasillo de butacas cuida mucho del alfiler de corbata, pues es fácil que algún caballero elegantemente vestido tropieze contigo y se lleve en las uñas la alhaja.

Las tres cartas

Consiste en colocar tres cartas boca abajo apostando á una de ellas.

La carta de la apuesta tiene una marca convenida que hacen ver al timado para que apunte.

Cuando lo hace y ha ganado un par de veces doblan la punta de otra de las cartas y entra entonces

la confusión en el inocente jugador que termina por perder cuanto dinero lleva.

Este timo se da con frecuencia, y no hace mucho tiempo fué víctima de él una persona que por su posición parecía hallarse al abrigo de caer en tales supercherías.

El diligente redactor de sucesos de *La Correspondencia de España*, don José Faraldo, describe lo que no hace mucho tiempo le aconteció con una cuadrilla de estos timadores:

«Hace pocas mañanas salí en busca de asunto para una de estas referencias, y quiso mi buena suerte depararme una cuadrilla de los mencionados timadores.

Admiraba la agilidad de una cigarrera que metida en un sucio cajón, situado al final de la Ribera de Curtidores, hacía cigarrillos con tabaco de colillas, cuando de pronto se acercaron á mí dos hombres, de aspecto chulesco y no bien trajeados.

Me propuso uno de ellos jugar un ratito á las tres cartas, y yo, fingiendo desconocer el juego, le respondí lo haría tan pronto como de ello me enterase.

Estableció su banca, colocó las tres cartas, é inmediatamente surgieron tres jugadores, con blusa y remendados pantalones; pero que, no obstante la pobreza de sus vestidos, hacían puestas de dos y tres duros.

Un individuo que se colocó á mi lado lamentaba no llevar dinero para ganar al improvisado banquero *hasta las pestañas*, según su propia frase.

Para tentar mi codicia y con el fin de animarme, me dijo en voz baja:

—Señorito, fíjese usted en que el caballo de oros tiene doblada la punta y apueste usted á él.

A pesar de la observación, seguía yo sin jugar esperando llegara algún agente de la autoridad, y mientras los duros pasaban de manos del tallador á la de los puntos y viceversa, observando que no caía en la tentación, alejáronse mohinos y quedé convencido de que con tal vigilancia bien pueden aprovecharse tales gentes de las próximas fiestas.»

Una variante de este *timo* es la de los cubiletes, que consiste en jugar con dos de estos, ocultando en uno de ellos una bolita.

El que acierta donde está la bolita gana, y el timador hace de manera que vea el timado donde está la bola, y á la menor distracción que tiene el jugador, la cambian de sitio, engañándole de ese modo.

Los extraordinarios

Un buen consejo que debo dar á los forasteros, es el de que no compren nunca extraordinarios anunciando graves sucesos, pues de esa manera suelen ser timados hasta los mismos madrileños.

Como no se trate de extraordinarios que publiquen periódicos bien reputados y de reconocida seriedad, no debeis dejaros engañar.

El timo de la guitarra

Este *timo* está hoy bastante en desuso, quizá por haberlo desacreditado los relatos de los periódicos.

Para realizarlo usan los *timadores* un aparato parecido á una guitarra, dentro de la cual hay un mecanismo complicadísimo, que no describo por no hacer interminable este folleto.

Además, que para nada te hace falta conocer el fondo del endiablado instrumento.

Lo principal es que sepas que debes mandar á paseo al que te proponga con dicho aparato un *negocio*, que consiste en hacer monedas.

Para que caigas en el lazo, te harán ver cómo funciona la *guitarra*, enseñándote las distintas piezas (menos las de trampa, claro es), entre ellas un crisol y un fundidor, en el que depositan ingredientes que llevan ellos á prevención, ó que, en caso de caer en el lazo, compran víctima y timador para inspirar mayor confianza.

Después de varias manipulaciones, se ve salir por una ranura la moneda calentita y que parece recién acuñada. Claro es que la moneda está dentro del aparato preparada de antemano, y que es legítima, como te dirán si vas á comprobarlo á una casa de cambio.

Debes tener en cuenta que hay también *guitarras* para hacer billetes del Banco de España. La operación es idéntica á la que se efectúa con las monedas. Se mete por un agujero el papel, y por otro sale el billete, que, como en la anterior operación, está ya preparado, y que es legítimo.

Ojo, pues, con las *guitarritas*, y no seas ambicioso; porque además del dinero que te saque el ladrón, estás expuesto á que se te siga un proceso, pues no ignoras que la acuñación de la moneda sólo puede hacerla el Estado.



GUÍA DE MADRID

Se ha publicado la mejor guía
de la Corte, titulada

Las Reales fiestas de Mayo

Verdadero y completo libro con
apuntes históricos, parte descrip-
tiva de Madrid y multitud de no-
tas útiles al Viajero.

Contiene preciosos fotografa-
dos.

Véndese á

50 céntimos

en toda España.-